

## La sabiduría del abuelo Colás

*Elite.*

"¡Viejo, viejo, viejo...!

¡Yo no soy tal! ¡Rasputín de los Rasputines!... Bueno, ¡vamos a ver!"...

Y el abuelo Colás, ochentón, imponente como un dios de leyenda, arrugas y pelos de terrible vitalidad repetía a sus oyentes la misma rayada placa de sus conocimientos sobre la vejez:

"Que me digáis que anciano, ¡aún pase...! pero viejo, ¡no! Viejo puede ser un perro, un zapato, vieja, una olla, una casa. ¡Qué esos no pueden ser ancianos, Rasputín! ¿Pero yo, viejo?... Ni niño! ¿Qué es eso de la segunda niñez? ¡Compararme a mí con mis nietos!... ¡Vamos a ver!..."

Nadie podía detenerle ya en su verbosidad. Lo había contado cientos, miles de veces. Pero tenía que llegar hasta el final. A veces parecía quedar sin resuello, pero siempre le quedaba aliento para seguir, y entre Rasputines de un tono subido terminaba de explicar la diferencia. ¿Habían visto alguna vez amanecer?... ¿Y alguna vez un crepúsculo? ¡Pues ahí estaba la diferencia! "¡No hay más que fijarse en las cosas!" Había entre los dos momentos de nacer y morir la luz una especie de parentesco. Pero era un momento; ... el filo de una navaja, el punto culminante del péndulo en una oscilación; pero nacía el sol o moría. Era el momento en que se cruzaba el tren de ida con el de vuelta. La petulancia de la juventud de hoy no veía nada. Se engañaban en todo. ¿Sabían cómo filmaban un amanecer?... ¡Si era el colmo de la credulidad de las gentes de hoy! Pues, señores, ¡invirtiendo una cinta tomada al anochecer!... Y él que no había ido nunca a ver esas bufonadas del cinematógrafo, lo sabía. Los jóvenes todo lo veían invertido, ¡todo patas arriba! ¿Y se creían que él era un viejo, ¡eh!?... ¡Había muchos jóvenes más viejos que él! El viejo era achacoso, gruñón, raro, egoísta. De eso tenían mucho los jóvenes de hoy. La ancianidad se refería a la edad y ahí sí, les ganaba "como de un palmo bien largote!"... ¡El anciano tenía experiencia, era discreto, prudente y aconsejaba: ¿De quién eran venerables las canas?... Del anciano, porque del viejo ¡no!..."

– Cuéntanos un cuento, abuelo.

Era la única forma de cambiar de tema y de traer al abuelo Colás al tono reposado con que contaba las mil historias de su fértil inventiva. Vivía en una chocita apartada del pueblo sin más compañía que "Canelo", un perro blanco, grande, casi ciego, que vino con el tío Colás de no se sabía dónde. Como tampoco se sabía cuáles eran los nietos que él mentaba tan a menudo y con tanto aplomo. Ni se conocían las razones de aquella amistad con Rasputín, a quien ponía como testigo cada vez que le sacaban de sus casillas. En el pueblo se le tenía cierto respeto, mezclado de temor. Aquel hombre sabía tanto como el diablo, y a pesar de su hablar sosegado y sentencioso, sus enmarañadas y grandes barbas de imponente aire bíblico, tenía en aquellos ojos terribles, escondidos

entre zarzas de pelos y montañas de arrugas, una fuerza escrutadora que parecía querer desnudar a sus interlocutores.

Y aquella terrible estampa escondía un alma de niño. Nadie como él sabía contar cuentos de hadas y gnomos. Nadie comprendía como él la fantástica imaginación infantil. El ponía en ese mundo de sueños la poesía y el encanto de figuras con la que los niños soñaban después, poblando sus cabecitas de deliciosas imágenes que emparentaban con Dios. Los niños eran los mejores amigos del tío Colás. Cuando bajaba al pueblo, le seguían hasta hacerle sentar, y los pequeños escuchaban embobados las historias de enanos, gigantes y hadas que saltan de entre las barbas blancas del anciano.

El abuelo Colás bajaba todos los días al pueblo. Este era su único trabajo. Nadie podía decir que pedía limosna, y sin embargo vivía de caridad. Rendía visitas de amigo, animaba a los enfermos, daba consejos, contaba historias y regresaba a su choza justo con que comer al día siguiente. Lloviera a cántaros o quemara el sol, el tío Colás y "Canelo" bajaban por el sendero con el mismo paso cansino y vacilante de cuerpos heridos por la vejez. Pero un misterioso aliento vital mantenía en el abuelo Colás esa imaginación despierta y ágil que tanto admiraban las almas simples de aquel pueblo de labradores.

"Eso no es así ¡Rasputín de los Rasputines!... ¡Vamos a ver!"... El abuelo Colás era el centro de la embobada atención de los campesinos en este atardecer tranquilo de los domingos en la aldea. "Canelo" dormía a sus pies con la nariz entre sus patas. Su auditorio formaba un corro silencioso. Sólo se destacaba la imponente figura del anciano y su decir tranquilo y sosegado daba mayor majestad a su figura, a horcajadas, sobre un tosco bando de madera, abrazando el respaldo como para mantener erguido su cuerpo.

"¡Qué va a ser grande esta tierra!... ¡Si apenas repara Dios en ella! Ocurre que el hombre es muy pequeño. ¡Esa es la verdad! Fijaos en un terrón de tierra. Cualquier niño lo desmorona de una patada. yo he pasado horas enteras mirando a las hormigas que corren angustiadas de un lado a otro, después de romper un pedazo de tierra. ¿Quién se compadece de aquel terrible cataclismo? ¡Nadie, nadie! ¿Qué son los terremotos? Pues eso. Ya sé lo que me van a decir. Que la tierra donde vivimos es mucho más grandes que un terrón. ¡Y no lo es! Esa es la verdad"...

El abuelo Colás decía cosas tan fantásticas que su auditorio ya no se extrañaba de nada. Algunos tenían una sonrisa socarrona en sus labios, pero nadie se atrevía a chistar. El anciano era terrible cuando se enfadaba y nada le contrariaba más que una interrupción jocosa.

"Todo depende de quien lo mire. El hombre compara todo con su tamaño. Mide las distancias con su velocidad. Mide las horas con su tiempo. ¿Acaso el mundo de las hormigas y los insectos es más pequeño? El pedacito de tierra donde viven y mueren ellos es tan grande como nuestro mundo. Una hierba tiene para ellos dimensiones de un árbol enorme. Para ellos un día representa un año o más. Un kilómetro es una distancia insalvable. Y si es tan grande la pequeñez de los demás, ¿por qué no ha de ser de una ridícula pequeñez nuestra pretendida grandeza, este mundo que nos viene cada vez más pequeño? El hombre puede descubrir la verdad de dos maneras: pensando y soñando.

Yo estoy seguro que soñar es una forma parecida a como debe pensar Dios, que lo ha hecho todo a una gran medida. Yo he soñado una vez. Era un tribunal terrible. Dios estaba juzgando a un hombre culpable de soberbia. No hay nada que ofenda más a Nuestro Señor que el orgullo. El estaba sentado en un gran trono de oro, rodeado de nubes y una legión de ángeles. El hombre se veía pequeño allá abajo, en el último peldaño de una escalera monumental de mármol blanco. Dios no dijo una sola palabra. Después de que un ángel leyó la acusación, el hombre empezó a achicarse. Se le veía cada vez más pequeño, más pequeño, hasta que quedó casi invisible en el fondo de un pequeño agujero del escalón. Entonces le mandó que subiera por la escalera hasta El. El hombrecito tardó años y años en subir, afianzándose en los poros del mármol en una lenta escalada. Cuando llegó a sus plantas le tomó con sus dedos con el cuidado que se toma un gusanito para no despanzurrarlo y allí, en su Divino dedo, continuó achicándose más y más hasta que se hizo una motita de polvo y se tornó casi invisible. Entonces hizo además de dejarlo sobre una bolita de la dimensión de una pequeña metra que tenía en la otra mano y la dejó colgada en el aire dando vueltas y más vueltas al lado de otras muchas que también giraban en aquella habitación. Y así, ese debe ser nuestro mundo. Más pequeño que una metra. Pero como nosotros somos tan pequeños. He aquí por qué todo el que nos rodea nos parece tan grande".